

un amo. Todo lo sabe, todo lo hace y todo lo puede.

Así se acabó la famosa revolucion del 18 Brumaire sin derramamiento de sangre y sin tumulto público, en medio de un pueblo el mas ardiente de la Europa y por el hombre el mas impetuoso que haya señalado la historia.



CAPITULO II.

COMISION CONSULAR EJECUTIVA.

(Del 12 de noviembre al 14 de diciembre de 1799.)

EN su segunda sesion, los cónsules trataron de formar el ministerio. El general Bonaparte debia componerlo de sus amigos, de aquellos que habian tomado parte con mas eficacia en sus proyectos. La secretaría general de la comision ejecutiva, puesto de confianza y de primer órden, fue dada á M. Maret, con el cual Bonaparte habia tenido confianzas políticas y de amistad antes de su salida para Egypto. El empleo equivalia á un ministerio. Berthier, gefe de estado mayor de Italia y de Egypto, obtuvo el ministerio de la guerra, ocupado por Dubois de Crancé, el mismo que habia querido hacer fusilar á Bonaparte. Gaudin fue nombrado ministro de hacienda, en recompensa de su adhesion y de relaciones íntimas. Cambaceres, uno de los primeros á quien Bonaparte llamó á sus conferencias pri-

vadas á su llegada á Paris, y que le habia servido con eficacia, se quedó con el ministerio de la justicia, que estaba desempeñando. El ingeniero Forfait fue ministro de marina; el ilustre geómetra Laplace de lo interior, y Talleyrand de las relaciones exteriores, bajo el nombre de Reinhard, nombrado temporaneamente. Talleyrand habia sido uno de los gefes principales de la conspiracion, y la habia fomentado como cosa que le era personal. Sieyes propuso á Alquier para la policía; pero Bonaparte, por una resolucion fatal, prefirió á Fouché, el que, en el mismo momento, acababa de vender con tanta audacia al Directorio. El ministerio, por su composicion, presentaba mucha fuerza; reunia al cónsul un sin fin de opiniones opuestas entre sí y empezó la fusion, que mas tarde confundió todos los intereses antiguos con los nuevos y presentó un asilo á los mismos enemigos de la revolucion francesa. Sieyes, dominado por el miedo, que siempre tuvo en el alma, inclinaba todavía hácia el sistema de proscripciones. Este Nestor de la libertad pidió el destierro, sin juicio, de cincuenta y nueve ciudadanos á los desiertos de la Guayana, y á la isla de Oleron.

El decreto, tan impolítico como injusto, se expidió; pero el cónsul Bonaparte, mejor inspirado, detuvo la ejecucion. En esta conducta de Sieyes no se reconoce al legislador profundo, al sabio, cuya ausencia parecia una calamidad pública al orador mas elocuente de la asamblea constituyente. El reinado del supuesto Solon, improvisado por el entusiasmo de Mirabeau, no debia ser muy duradero. Al dia siguiente de la propuesta de Sieyes, dos decretos, revolucionarios en su forma, pero dictados por la razon, revocaron las leyes odiadas de los rehenes y del empréstito forzoso. La opinion pública, que solo miraba al general cónsul, se mostró agradecida por estos dos decretos. La Francia entera no veia en el gobierno sino á Bonaparte. La superioridad y la independencia pertenecian á su carácter y á su destino. La Italia y el Egipto habian dado la prueba de esta doble vocacion, y se manifestó aun mas con el consulado. Jamas magistratura mas hermosa honró á un gran ciudadano. Esta alta dignidad parecia haberse creado de repente, para señalar á la vez el resultado y el término de la revolucion. El pueblo frances, tan feliz cuando goza, y tan poco desgra-

ciado cuando padece , entró con ímpetu en la carrera de la dependencia , y fue , sin saberlo , el móvil principal del poder secreto que fermentaba bajo las insignias de la libertad. Todo concurría , en aquella época tan memorable de nuestra regeneracion , á seducir , á consolar y á exaltar la opinion. El traje antiguo de los directores y de los diputados fue reemplazado por el traje nacional. Los gefes los mas valientes volvieron á aparecer á la cabeza de nuestros ejércitos. Moreau mandó el del Rhin y del Danubio; Massena el de Italia. Un negociador salió para Londres , con el fin de arreglar el cange de nuestros prisioneros , abandonados desde tanto tiempo en las cárceles de la Inglaterra. Bonaparte hizo ejecutar su tratado de Malta llamando á Francia á todos los caballeros franceses. Dió el nombre de Joubert al fuerte Lamalgue de Tolon. Unos hombres de la revolucion, entre ellos Roederer, pidieron altamente en sus escritos , que se cerrase la lista de los emigrados , y contribuyeron de este modo á que se nombrase una comision al efecto. Los naufragados de Calais , encerrados desde cuatro años en los calabozos, se vieron , por fin , restituidos á la sociedad. Fouché,

ministro de la policia , siguió el movimiento dado por el cónsul; mudó sus oficiales y echó aparentemente en olvido todas sus amistades revolucionarias. Bonaparte se trasladó personalmente al Temple, para poner en libertad á los rehenes á quienes extendió el beneficio de la amnistía general concedida á los desertores. La balanza sucedió al nivel en los sellos del Estado , lo que era substituir la justicia á la opresion. El sistema de hacienda echó al mismo tiempo los fundamentos del crédito que no han podido derribar las mayores conmociones del órden social. Se puede decir que Bonaparte sacaba la creacion de la nada; en efecto , habia sido preciso recurrir al banquero Collot para los gastos de la jornada del 18 brumaire. El erario estaba vacio y acribillado de deudas. Al mismo tiempo la escuela politecnica , establecida por la Convencion el 21 de marzo de 1795 , recibia tambien una nueva organizacion. En el origen , la enseñanza se dividia en dos ramos principales : 1º las ciencias matemáticas que comprehendian el análisis con las aplicaciones á la geometría , á la mecánica y á la geometría descriptiva : 2º las ciencias físicas , que com-

prendian la física general y la química. Parecía que la Convencion no habia querido formar sino sabios. El cónsul quiso formar sabios militares y administradores, y ademas de los estudios establecidos en la grande escuela bajo los auspicios de Monge, de Berthollet y de Prieur de la Costa de Oro, los alumnos quedaban sujetos á otros cursos de aplicacion para la artillería de tierra y de mar, para los ingenieros militares, para las construcciones marítimas, para las minas y para los ingenieros geógrafos. Bonaparte adivinó cuanto podía hacerse con la juventud francesa; logró darla un carácter sério y meditativo con la nueva disciplina politecnica, y con la que introdujo despues en las escuelas militares y civiles, cuyos profesores eran los consejeros de estado, y de donde salieron tantos hombres distinguidos en los conocimientos de administracion civil, de hacienda, judicial y comercial. La base de la prosperidad de la época que voy á referir, fue del todo matemática. Esta alianza de un grande movimiento con un estudio profundo, le da un carácter original observado por los coetanos. En fin, para consagrar para siempre el consulado y acabar

de conquistar, á los ojos del universo, toda la fama de un grande hombre, dueño de los destinos de su pais, Bonaparte estableció, bajo su direccion inmediata, una comision compuesta de los jurisconsultos mas hábiles para edificar el monumento europeo de nuestras leyes civiles. En la eleccion de los hombres llamados para levantarle, se tomó la fecha de la era actual. Se atendió al talento, no á las opiniones, y el defensor de Luis XVI, Tronchet, tomó asiento al lado del convencional Merlin, para formar el código de la legislacion francesa. Así el primer capitan de la Francia, el gefe y el autor de su regeneracion, adquiria un derecho eterno al agradecimiento de la nacion con este código que basta solo á immortalizarse. La frente gloriosa de Bonaparte resplandecia con los laúreles de César y de Justiniano. La grandeza de las instituciones justifica la violencia del golpe de estado del 18 brumaire. Solo faltaba al guerrero legislador ser el fundador de un sistema político.

Entretanto, las dos comisiones legislativas se juntaban en el palacio consular para conferenciar en presencia de los cónsules sobre un plan de constitucion. Sieyes habia tomado

parte en la conspiracion con el general Bonaparte, con la esperanza de establecer una forma de gobierno que él mismo habia imaginado. Desenvolvió sucesivamente sus teorías á los ojos de sus colegas y sus bases obtuvieron el consentimiento general. He aquí las principales. Un tribunal de cien individuos que discutía las leyes; un cuerpo legislativo mas numeroso que las admitía ó las desechara por voto individual y sin discusion; en fin un senado á vida con el derecho y la obligacion de conservar la constitucion y las leyes. El gobierno tenia la iniciativa de las leyes y elegia un consejo de estado encargado de arreglar la administracion pública. Quedaba por decidirse una cuestion muy importante para el general Bonaparte. Consistia en el modo de componer el gobierno. Hasta entonces no habia presentado casi ninguna objecion. En fin, Sieyes propuso un grande elector nombrado por el senado para toda su vida, y que despues nombraria á dos cónsules, uno para la paz y otro para la guerra. El grande elector debia residir en Versalles, tener una renta de seis millones de francos y una guardia de tres mil hombres. El senado tenia la facultad de revo-

carle y de *absorverle* sin dar los motivos. El general Bonaparte solo se acordó de esta última disposicion.

En cuanto á la creacion del grande elector, nadie pudo dudar de que Sieyes habia pensado reservarse este puesto, y esperaba lograrlo por el influjo que tenia en el consejo de los ancianos, cuyos individuos, casi sin excepcion, debian formar el senado. Entonces hubiera nombrado á Bonaparte cónsul de guerra y á Roger Ducos cónsul de paz: mas tarde hubiera procurado hacer *absorver* á los dos cónsules por el senado á la primera ocasion de descontento, y al cabo hubiera reinado.

Bonaparte conoció á la primera palabra cual era el proyecto de Sieyes, y de un rasgo de pluma borró *el grande elector*. La deliberacion siguió acalorada y derribó el plan de Sieyes. Entonces se habló del proyecto de un primer cónsul, gefe supremo del Estado, nombrando á todos los empleos, y de dos cónsules solamente con voz consultativa. Este plan preparado en el consejo secreto del general, encontró la mas viva oposicion de parte de unos hombres que tenian mucho influjo entre los políticos que se habian distinguido en las

asambleas, cuales eran Daunou, Chenier, Chazal y Tourton. Ofrecieron á Bonaparte nombrarle generalísimo con la facultad de tratar con los extranjeros y de hacer la paz y la guerra: « *Soy cónsul*, dijo Bonaparte, *y quiero quedarme en Paris.* » Chenier insistió con vigor sobre la absorcion en el senado. « *Esto no ha de ser*, exclamó Bonaparte. » Esta contestacion dió fin á la discusion y la propuesta hecha por los amigos de Bonaparte quedó admitida, con solo la modificacion de que el primer cónsul seria nombrado por diez años y podria volver á ser elegido.

De este modo, el senado no siendo la primera institucion, Bonaparte se nombró á sí mismo primer cónsul. Sieyes no quiso ser uno de los otros dos y Roger Ducos hizo lo mismo. Ya se habia provisto á su reemplazo. Cambaceres, ministro de la justicia, y Lebrun, antiguo secretario íntimo del canceller Meaupou, fueron nombrados segundo y tercer cónsules. El general Bonaparte habia apreciado los consejos y las luces del ciudadano Lebrun, en las reuniones que antecedieron al 18 brumaire. Sieyes fue el primero á quien absorvió el Senado, hospicio político que debia servir de

asilo á los veteranos y á los ambiciosos de la revolucion. Fue presidente de aquel cuerpo, y concurrió con Cambaceres y Lebrun á su organizacion. El primer cónsul acabó con la ruina política y con la fortuna prematura de Sieyes, haciéndole dar, bajo el título de recompensa nacional, la tierra de Crosne valuada en un millon de francos.

Así dió fin la comision consular ejecutiva, seis semanas despues de haber sido establecida. Entonces, y por la décima vez desde la caida del trono, y en menos de siete años, la nacion experimentó una gran mudanza en su estado interior. El 31 de mayo de 1793 cayeron los Girondinos; el 5 de abril de 1794 los llamados *Cordeliers*; el 28 de julio del mismo año el triunvirato de Robespierre, San Just y Couthon. El 12 germinal (1º de abril de 1795), Barrere, Collot d'Herbois, Billaud Varennes y Vadier fueron sentenciados á la deportacion como individuos del comité de salud pública. El 1º prairial (20 de mayo del mismo año) los Jacobinos experimentaron un tercer destrozo. El 15 vendemiaire (4 de octubre) la Convencion venció á las secciones. El 11 fructidor (4 de septiembre de 1797) estalló la primera re-

volucion en el Directorio. Carnot y Barthelemy fueron desterrados por sus colegas con cincuenta y tres diputados. Los restos de la convencion lograron una victoria el 30 prairial (18 de junio de 1799) con una proscripcion directorial en la que Barras y Sieyes echaron á Merlin de Douai, á Treilhard y á Reveillere Lepaux. El 18 brumaire (10 de noviembre del mismo año), Bonaparte venció al Directorio, á los anarquistas y á los republicanos. En fin, seis semanas despues (el 24 de diciembre), los cónsules Sieyes y Roger Ducos tuvieron que ceder su puesto á Cambaceres y á Lebrun.

La nacion descansó por fin de tantas conmociones. La mudanza de Sieyes y de Roger Ducos le pareció, lo que era en efecto, un arreglo doméstico. Solo miraba entonces, y hasta el fin del consulado al hombre que mandaba, y que la habia libertado de tantos alquimistas revolucionarios. Los errores de la Convencion, las guerras civiles del Directorio, su viciosa administracion, comprobada con la lastimosa situacion del erario en la época del 18 brumaire, su mal gobierno, comprobado tambien por la mala situacion de la República, situacion casi desesperada, á pesar de las victorias

de Brune y de Massena, habian obligado á la Francia, contra su propia voluntad, á desear la autoridad de un solo individuo; pero al mismo tiempo quedaba enteramente republicana. Habia adoptado concenciosamente el sistema democrático, bajo un presidente perpétuo, y acogió á Bonaparte con entusiasmo, porque vió en él á su gran magistrado, al defensor natural de las instituciones patrióticas que la habian costado tanta sangre derramada sobre los cadalsos y en los campos de batalla. Quería sobrevivir íntegra á sus calamidades, y continuar á subsistir como nacion libre, bajo la proteccion del que habia enriquecido con tantos laureles el altar de la patria.

FIN DEL LIBRO QUINTO.